



Ihering. Cuadernos de Ciencias Jurídicas y Sociales

Nº 1

Año: 2018

e-issn: 2660-552X

DOI: <https://doi.org/10.51743/ihering.12>



David Lloyd George, *Yma O Hyd*

ENRIQUE SAN MIGUEL PÉREZ

*Catedrático de Historia del Derecho y de las Instituciones
Universidad Rey Juan Carlos. Madrid*

1. DEMOCRACIA IMPERIAL, CAPITAL LLANYSTUMDWY

“Hemos ganado la guerra, y hemos salvado el imperio”. Y en efecto, fue así como un galés, educado en galés, fundó una "democracia imperial". E incluso, diría Gwyn Alf Williams, un "Gales imperial"

¹. Un balance que no está nada mal cuando se ha nacido en Manchester un 17 de enero de 1863, en plena expansión industrial, en condiciones humildes, como hijo de un maestro, para quedarse huérfano de padre con apenas un año, regresando al Gales natal, al corazón del Gwynedd, la extraordinaria península de Llyn, y se crece en la sencilla vivienda de un piadoso pero estricto zapatero en Llanystumdwy, los techos bajos, las habitaciones minúsculas, un modesto jardín trasero... Y todo el océano, pero todo, por delante.

Porque David Lloyd George, seguramente el más grande galés de la historia (con el permiso de Dylan Thomas, Richard Burton, Gareth Edwards y, por supuesto, "Harry, el rey") nació, al contrario que todos sus compatriotas rivales por la grandeza, en Inglaterra, y en plena Era victoriana. Pero no empezó su carrera como servidor público, precisamente, como abnegado

¹ LLOYD GEORGE, D.: *Memories of War*. II vols. Watford. 1934, Vol. I, pp. 646 y ss., y WILLIAMS, G. A.: *When was Wales?* London. 1991, pp. 220 y ss.

bardo del imperio, sino como el más prometedor de los jóvenes políticos galeses que, en pleno esplendor fundacional del nacionalismo cimbriico, en un principio enteramente enraizado en la reivindicación de la lengua y de la cultura del antiguo principado ², defendían una nueva presencia en el Reino Unido para la vieja nación más de tres siglos después de su Acta de Unión (o, como diría Glanmor Williams, de "asimilación") con Inglaterra de 1536 ³.

El proceso había cobrado dimensión nacional cuando pastores metodistas se posicionaron al lado de un ideal que se instalaba en las más que incipientes concentraciones mineras del Sur. W. Llewelyn Williams ha destacado el papel de la evangelización de Gales durante la dominación romana en la propia configuración de su idioma nacional, en donde buena parte de los términos que identifican su cultura y sus formas de vida muy mayoritariamente agrarias provienen del latín utilizado por los conquistadores ⁴. La identidad cristiana y la ética del trabajador de los sectores más esenciales a la revolución industrial, y en especial la minería del carbón, habrían de fundirse en la definición de un sentimiento nacional profundamente enraizado en las clases más humildes.

Lloyd George fue la expresión de un nuevo modelo de político en la Gran Bretaña victoriana. Él no procedía de colegios y universidades elitistas, o de una gran dinastía política. Él, como le gustaba a menudo repetir, "venía del pueblo". Y, tras una juventud como *solicitor*, es decir, como profesional del derecho fuera del juzgado con capacidad de representación, pero que solamente puede actuar en los tribunales inferiores, el único primer ministro de la historia británica que habría de ser ejerciente como *solicitor* en sus tierras natales, David Lloyd George se unió ya en las elecciones legislativas de 1885 al Partido Liberal que lideraba una de las más grandes figuras en la historia parlamentaria británica: William Everett Gladstone. No es casual

² EVANS, G.: *For the sake of Wales. The Memoirs of Gwynfor Evans*. Llandudno. 1996, pp. 63 y ss.

³ WILLIAMS, G.: *Renewal and Reformation. Wales c. 1415-1642*. Oxford. 1993, pp. 255 y ss.

⁴ WILLIAMS, W. L.: *The making of modern Wales. Studies in the Tudor settlement of Wales*. London. 1919, pp. 290 y ss.; EVANS, T.: *The background of modern welsh politics 1789-1846*. Cardiff. 1936, pp. 192 y ss., y MORGAN, K. O.: *Rebirth of a Nation. Wales 1880-1980*. Oxford. 1980, pp. 411 y ss.

que fuera otro distinguido galés de Abersychan, muy cercano al Pontypool de la mítica "front row" de la gran selección de rugby de los 70' (Windsor, Faulkner, Price), Roy Jenkins, ministro, presidente de la Comisión Europea entre 1977 y 1981, fundador ese mismo año 1981 del Partido Socialdemócrata y, en sus años finales, presidente de la Universidad de Oxford en la que había brillado como estudiante de Historia, y el más incisivo orador del club laborista, en abierta competencia con su amigo y futuro primer ministro conservador entre 1970 y 1974, Edward Heath, quien se encargara de glosar la personalidad inspiradora de un primer ministro que habría de constituir uno de los modelos del contemporáneo ejercicio del accionar político.

De hecho, David Lloyd George aparece casi en la primera página de las memorias de Roy Jenkins cuando se describe a sí mismo como parte de la generación que sucedió a la encabezada por su compatriota, y en la última, cuando, al intentar entender al genuino hombre de poder, recuerda que tanto David Lloyd George como su amigo rival por la grandeza Winston Churchill disfrutaron en el 10 de Downing Street incluso en las jornadas más aciagas de las guerras que terminaron por ganar ⁵. Es cierto que Roy Jenkins situaría las fuentes de esa renovación de la dedicación política de acuerdo con la óptica liberal en la figura de William Gladstone ⁶. Pero nadie como David Lloyd George llegaría a conjugar la ambición y determinación del hombre común en la conquista de la responsabilidad de gobierno y, también, la desnuda y honesta voluntad de poder.

David Lloyd George alcanzó un escaño en Westminster por Conwy y Caernarfon en 1890. Habría de mantenerlo casi 55 años, hasta su fallecimiento en 1945. Y siempre, desde el principio de su carrera parlamentaria, como el hombre que ganó el liderazgo desafiando las formas y reglas establecidas. A menudo desdeñándolas haciendo gala de la ironía, la energía, la pasión, y la emoción ⁷. Bajo esos presupuestos, y desde el principio de su llegada a los Comunes, se reveló como un histórico parlamentario, brillante, inteligente, mordaz, incisivo, temperamental, lleno de intensidad, de humor y de creatividad, del *hwyl* celta que habría de resplandecer en plena trans-

⁵ JENKINS, R.: *A Life at the Centre*. London. 1991, pp. 22 y 624.

⁶ JENKINS, R.: *Gladstone*. London 1995, pp. 619 y ss.

⁷ HATTERSLEY, R.: *David Lloyd George. The Great Outsider*. London. 2010, pp. 1 y ss.

formación del sistema parlamentario británico para afrontar una nueva interpretación de su sistema político e institucional.

2. EL LEÓN DE GALES, EL PRESUPUESTO DEL PUEBLO

El paseante de la península de Llyn, a la que regresaba todos los fines de semana, visitando a sus electores, disfrutando de los mismos escenarios de su infancia, es hoy visto, y con justicia, como un gran reformador social. Pero también fue un gran reformador institucional. Probablemente, gracias a su procedencia periférica, y a su pertenencia a la cultura galesa, y no a la anglófona dominante, es contemplado hoy como la primera figura de la vida pública británica que entendió, tras la Gran Guerra, que el sistema imperial era ya muy difícilmente sostenible y, por tanto, el horizonte del Reino Unido dependía de la reafirmación de la solidez del pacto político entre sus pueblos fundacionales. Que el problema constitutivo del imperio no se encontraba en su periferia, sino en su propio centro.

Un Estado desde su fundación construido a partir del modelo de pacto entre Inglaterra y Gales (1536) se convirtió en el Reino Unido de la Gran Bretaña tras el Acta de Unión entre Inglaterra y Escocia (1707) y de la Gran Bretaña e Irlanda tras el Acta de Unión con Irlanda (1801). A partir del fracaso de la última sublevación jacobita en Culloden (1746), los *highlanders* se convirtieron en parte sustantiva del ejército británico, destacando tanto en Québec en 1759 como en Waterloo en 1815. Una batalla, por cierto, en donde los escoceses sostuvieron el Mont St. Jean bajo el mando de un irlandés llamado Arthur Wellesley, duque de Wellington, demostrando que la mejor argamasa para el reforzamiento de la nueva construcción edificada por las naciones británicas venía a estar constituida por la participación en el proyecto imperial. Los galeses por su parte, habrían de brillar en la defensa de la misión ubicada en Rorke's Drift, la jornada del 22 al 23 de enero de 1879, tras el desastre del ejército expedicionario británico en Isanhdlwana en la mañana de la primera de ambas jornadas. Once cruces Victoria recayeron sobre un modesto puesto fronterizo ubicado en el límite del país de los zulúes en el que apenas servía un centenar de hombres.

El pacto entre las naciones del Reino Unido pudo ser mantenido en función de expectativas imperiales, es decir, en función de meros intereses materiales, en términos de un proyecto nacional que definía pero, al mismo tiempo, no definía ese horizonte. La unidad dependía del imperio. En proceso de desaparición el imperio, la unidad se vería sometida a una severa revisión ⁸. Adicionalmente, las grandes transformaciones aportadas por el siglo XX no vendrían a insuflar nuevas energías en un Reino Unido distinguido, por muchos conceptos, algunos materiales, como la estructura de la tenencia de la tierra, y otros mentales, como la devoción por la tradición, por su profundo y orgulloso anclaje en el pasado ⁹.

Por eso desde el final del siglo XIX, incluso en pleno esplendor de la hegemonía universal del Reino Unido, la emergencia tardorromántica de los nacionalismos periféricos vino a plantear una crítica a la configuración política y territorial del Estado que prontamente habría de cobrar forma institucional y, por lo tanto, transformarse en una enmienda a la totalidad del planteamiento multiseccular de su modelo de organización ¹⁰. Una enmienda que habría de plasmarse cuando en 1999 Tony Blair, un primer ministro escocés nacido en Edimburgo, pero que había crecido en el extremo Norte inglés, en Durham, impulsó la *Devolution* para Escocia y Gales ¹¹.

David Lloyd George, cuya identidad y sentimientos no podían ser más expresivos de la singularidad galesa, se vio desde un principio atrapado en una disyuntiva que su indiscutible grandeza no habría de ser capaz de resolver nunca. El líder más capacitado para convertir al nacionalismo galés en una fuerza capaz de seguir el camino del irlandés alcanzó una proyección británica suficiente como aspirar también al liderazgo de una gran fuerza de gobierno, en su caso, lógicamente, de acuerdo con su procedencia social y territorial, el liberalismo. O, lo que es lo mismo: quien era de corazón un

⁸ COLLEY, L.: *Britons. Forging the Nation 1707-1837*. London. 1996, pp. 381 y ss.

⁹ MILES, D.: *The Tribes o Britain*. London. 2006, pp. 420 y ss.

¹⁰ NAIRN, T.: *Los nuevos nacionalismos en Europa. La desintegración de la Gran Bretaña*. Barcelona. 1979, pp. 55 y ss.

¹¹ ANDREWS, L.: *Wales Says yes. The Inside Story of the Yes for Wales referendum Campaign*. Bridgend. 1999, pp. 185 y ss., y MORGAN, K. & MUNGHAM, G.: *Redesigning Democracy. The Making of the Welsh Assembly*. Bridgend. 2000, pp. 23 y ss.

nacionalista galés habría de convertirse en 1916 en primer ministro de Gran Bretaña en plena guerra por la supremacía mundial y, tras imponerse en la guerra, conducirla en 1919 a la mayor expansión territorial de su historia, además de dirigir el esfuerzo bélico del Imperio en contra del nacionalismo irlandés durante la Guerra de Independencia de Irlanda (1919-1921)

Esa evolución no fue precisamente comprendida, y no digamos valorada. David Lloyd George no es una figura pacífica, a pesar de su más que reconocida grandeza. Como es natural, quienes en Gales albergan una percepción más severa de la figura de David Lloyd George le dedican considerandos que oscilan entre el oportunismo y la traición. Para la tradición conservadora británica, el hombre que impulsó un conjunto de cambios políticos que acabarían por instalar a los laboristas en el poder habría de convertirse en una figura durante mucho tiempo aborrecida. Para algunos liberales, el líder que condujo a un partido de gobierno, como era el que integraban los antiguos *whigs*, a la irrelevancia a partir de su tercera posición, tras *tories* y laboristas, en las elecciones que siguieron a su dimisión el 22 de octubre de 1922, las del 23 de noviembre de 1922, merece un examen muchas veces devastador. En Irlanda se convirtió, simplemente, en el primer ministro de los sanguinarios *Black and Tans*, y el hombre que forzó el Tratado de Londres del 6 de diciembre de 1921 que determinó la ya casi centenaria partición del país ¹². En Oriente Medio, en el perpetrador de la vulneración de todos los acuerdos con el Reino Unido que condujeron al pueblo árabe a rebelarse contra el imperio otomano ¹³. Ni que decir tiene que los vencidos en la Gran Guerra le consideran el responsable del troceamiento de sus países, las bárbaras reparaciones de guerra, y la serie de humillaciones que recibieron la denominación casi sarcástica de "Tratados de Paz".

No le falta razón a unos y otros. Pero el fresco histórico quedaría muy incompleto si no se considerara la aportación de Lloyd George a la modernización del sistema político e institucional del Reino Unido. En primer lugar, su propia personalidad y procedencia incorporó dinamismo y credibilidad a una vida parlamentaria decisivamente nutrida por el talento, el mérito, la capaci-

¹² FEENEY, B.: *Sinn Féin. Un siglo de historia irlandesa*. Barcelona. 2005, pp. 180 y ss.

¹³ GRAVES, R.: *Lawrence y los árabes*. Barcelona. 1991, pp. 27 y ss.

dad y el esfuerzo a partir de su avasalladora irrupción en Londres, en donde comenzó a ser conocido como "el mago galés" y, sobre todo, como "el león de Gales". Los sesgos aristocráticos en la acción política, y no digamos en su liderazgo, se diría que todavía más presentes entre los liberales de los Asquith y los Bonham-Carter que entre los conservadores, daban paso a un nuevo estilo, más directo y mucho más profundamente enraizado en la ciudadanía británica. Un estilo que, además, se abría a las clases obreras y trabajadoras, sumando a las históricas bases electorales del liberalismo nuevos contingentes sociales que aseguraban, en plena expansión industrial, una privilegiada capacidad de adaptación a la nueva realidad británica del partido de Horace Walpole y de William Lamb ¹⁴.

Pero David Lloyd George comenzó a cobrar dimensión histórica cuando, en 1909, como *Chancellor* del *Exchequer*, presentó el primer "Presupuesto del pueblo" y, tras el veto de la Cámara de los Lores, persistió en su apuesta hasta que, en 1910, pudo sacar adelante su aprobación. La indignada oposición de la vieja aristocracia británica venía motivada por la inclusión en las cuentas públicas de los fundamentos de un sistema de seguridad pública que algo más de un tercio de siglo después habría de consolidar otro gran galés, en este caso de Tredgar, en pleno Sur minero, el laborista Aneurin Bevan, ministro de Salud Pública entre 1945 y 1951. David Lloyd George se contentaba con crear un sistema de previsión social y un sistema de salud pública ¹⁵. Su compatriota habría de coronar su obra. Ambos se convirtieron en el paradigma de los líderes de las reformas que, en plano interno, acompañaron la transformación del Reino Unido durante el siglo XX. Sin embargo, ninguno de los dos se reveló como un consumado especialista en las relaciones internacionales.

3. GUERRAS GANADA, PACES PERDIDAS

Cuando en 1914 estalló la I Guerra Mundial, David Lloyd George seguía siendo *Chancellor* en un gabinete que encabezaba Henry Herbert Asquith. El

¹⁴ DANGERFIELD, G.: *The Strange Death of Liberal England*. London. 1997, pp. 29 y ss.

¹⁵ JENKINS, R.: *The Chancellors*. London. 1998, pp. 169 y ss., y GRIGG, J.: *Lloyd George. From Peace to War. 1912-1916*. London. 2002, pp. 19 y ss.

29 de mayo de 1915 pasó al Ministerio de Munición, y el 6 de julio a la Secretaría de Guerra. Finalmente, el 6 de diciembre de 1916, en plena madurez política, con 53 años, David Lloyd George se convertía en primer ministro. Desde el principio se hizo evidente que había nacido para el puesto que había perseguido, y con claridad, desde su llegada a Londres como diputado en 1890. Su elección, además, abría una nueva y lúcida etapa en la historia democrática: ya bien entrado el siglo XX, un veterano sistema parlamentario, como el británico, entendía que para ganar una contienda de ánimo universal se hacía imprescindible contar con un líder de extracción popular, capaz de hablarle a la ciudadanía en su propio idioma, infatigable a la hora de recorrer el país, los campos y las fábricas, y de llevar el esfuerzo de guerra hasta los últimos confines del imperio y del mundo ¹⁶.

Cuando la guerra terminó, tras el armisticio del 11 de noviembre de 1918, David Lloyd George disolvió el parlamento y convocó elecciones para el 14 de diciembre siguiente, apenas un mes después del cese de hostilidades, la ciudadanía todavía bajo la conmoción del conflicto, acudiendo al frente de una gran coalición de todas las fuerzas partidarias que, bajo su liderazgo, habían integrado el gobierno del imperio, obteniendo la mayoría parlamentaria más abrumadora de la historia británica, 525 de los 707 escaños de los Comunes, 525 de los 634 partidarios de la unidad del imperio.

Porque ese imperio se resquebrajaba en su propio centro. El *Sinn Féin* ganó 73 de los 106 diputados irlandeses, imponiéndose en 28 de los 32 condados de la isla, en todos los pertenecientes a las provincias de Leinster, Munster y Connacht, y cinco de los nueve del Ulster. Y el 19 de enero de 1919 esos 73 diputados se reunieron en Mansion House de Dublín y proclamaron la independencia de la República II de Irlanda, otorgando su confianza a un gobierno presidido por Eamon de Valera, inmediatamente apresado por las fuerzas británicas, dando comienzo a la Guerra de la Independencia. Una guerra en donde incluso los más feroces enemigos de la ocupación británica habrían de verse sorprendidos por la saña con la que se emplearon las fuerzas imperiales, y tanto las irregulares como las regulares ¹⁷.

¹⁶ TOYE, R.: *Lloyd George & Churchill. Rivals for Greatness*. London. 2008, pp. 361 y ss.

¹⁷ HART, P.: *Mick. The Real Michael Collins*. London. 2005, pp. 203 y ss.

La estrategia de liderazgo de David Lloyd George había servido para imponerse en la I Guerra Mundial y en las elecciones siguientes. Pero, también, había conducido a la frontal oposición a un nacionalismo irlandés que había pasado del autonomismo del *Home Rule* a la propuesta de crear una monarquía dual como Austria-Hungría (la *hungarian policy* de Arthur Griffith), de ahí al Levantamiento de Pascua de 1916 y, tras la ejecución sumaria de sus líderes, James Connolly atado a una silla como consecuencia de sus heridas, al independentismo. Y, para completar la paradoja, el hombre del pueblo y gran reformista en los asuntos domésticos decidió consagrar los siguientes meses de su vida a la revisión de los mapas de Europa y del mundo, trasladándose a París, en donde comenzaba la negociación -entre los vencedores- de las condiciones de los Tratados de Paz que habrían de aceptar los vencidos.

Lo hizo David Lloyd George mientras en el propio territorio metropolitano del Reino Unido se enfrentaba con el más abierto desafío a su unidad desde su creación. Y tras la engañosa victoria en las elecciones de diciembre de 1918, a las que había acudido en conjunción con el líder conservador Bonar Law encabezando una coalición que deparaba más diputados a los *tories* que a los liberales, pero en donde muchos de los diputados conservadores reconocían que le debían el escaño más que a su propio partido, mientras muchos de los diputados liberales, en cambio, deseaban poner término a su liderazgo, su posición política distaba mucho de la solidez que él mismo se imaginaba¹⁸.

En la historia, el líder político tiende a pensar que su gloria depende de su gestión de los asuntos internacionales, sin saber que su mera permanencia en las tareas de gobierno obedece siempre a los avatares de la política interna. Y raramente se conjuga el éxito en ambos escenarios. La aceptación del mundo es muchas veces incompatible con la misma aceptación doméstica. Algunos de los más caracterizados sucesores de David Lloyd George fueron providenciales en el ámbito exterior, pero muy torpes en la política interna, como Winston Churchill, quizás por su generosidad a la hora de reclutar "a

¹⁸ LORD BEAVERBROOK: *The Decline and Fall of Lloyd George. And Great Was the Fall Thereof*. London. 1963, pp. 14-15.

todos los talentos" para su gobierno, y su prodigalidad en el elogio político¹⁹, o todo lo contrario, como Clement Attlee o Tony Blair.

David Lloyd George no captó que su respaldo a la aplicación del principio de las nacionalidades en Europa central y oriental y en los Balcanes, y sólo y siempre que beneficiara a sus aliados, representaba un objetivo reconocimiento de los argumentos que otorgaban sentido a las reivindicaciones irlandesas, tanto en forma parlamentaria como insurreccional.

Pero, además, David Lloyd George se convirtió en uno de los responsables de una nueva configuración del mapa de Europa que aseguraba el estallido de una nueva contienda. Porque el diputado por Conwy y Caernarfon no era, y en modo alguno, un conocedor ni siquiera aproximado de la historia del continente europeo, y mucho menos de la complejidad y sutileza de las relaciones diplomáticas y de alianza tejidas en el discurrir de los siglos precedentes, y particularmente del XIX. Para muchos de sus interlocutores, adicionalmente, aparecía como un hombre rudo, más interesado en los asuntos internos del Reino Unido, y únicamente comprometido con la grandeza de su imperio.

Pero su relación con Georges Clemenceau, y a través del primer ministro nacido en la Vendée con el pueblo francés, fue siempre magnífica²⁰. Ni los propios líderes franceses acertaron a verbalizar como él, el hombre nacido en Manchester y crecido en la península de Llyn, la hondura y la emoción en la comprensión, la solidaridad y el reconocimiento hacia las víctimas de la guerra, hacia los caídos en los campos de batalla, hacia la tristeza y la desolación de sus familias. David Lloyd George podía imaginar las dependencias modestas de los hogares que, en el campo y en las proximidades de las fábricas, recibían las lúgubres noticias procedentes del frente. Y las describía con trazos conmovedores. Clemenceau y Francia se lo agradecieron siempre²¹.

En sus *Memorias de Guerra*, sin embargo, David Lloyd George asegura que, estando el imperio otomano a merced de los aliados, por ejemplo, el

¹⁹ HERMISTON, R.: *All behind you, Winston. Churchill's Great Coalition 1940-45*. London. 2016, pp. 20 y ss.

²⁰ MACMILLAN, M.: *Peacemakers. The Paris Conference of 1919 and Its Attempt to End War*. London. 2002, pp. 43 y ss.

²¹ WINNOCK, M.: *Clemenceau*. París. 2007, pp. 559 y ss.

deseo de Turquía de continuar siendo un Estado independiente, casi la única de las exigencias formuladas para aceptar su rendición, fue enteramente respetado por Gran Bretaña ²². E, igualmente, sostiene que en todo momento respaldó el proyecto de Sociedad de Naciones del presidente estadounidense Woodrow Wilson, aunque convenía con el vizconde Cecil en que se trataba de, cómo habría de titularse el libro clásico sobre la materia del experto e inteligente diplomático, un "experimento grandioso" más que una propuesta realista y viable ²³.

4. SIEMPRE SUPE QUE TENÍA UN DESTINO

David Lloyd George estaba encantado con el papel que la Fortuna le había reservado en París como defensor del imperio, y en especial de su ampliación hasta su máxima expansión territorial, así como del rango de administrador de la victoria en la mayor conflagración bélica de la historia. Pero el primer ministro era un celta procedente de la periferia del mundo que ahora lideraba, un ser humano emocional y familiar, que se había llevado consigo a su hija Megan, extraordinariamente inteligente y observadora, futura parlamentaria liberal y después laborista (cuando falleció el 14 de mayo 1966, su escaño en Carmarthen fue por primera vez ganado el 14 de julio siguiente por el *Plaid Cymru*, concretamente por su líder Gwynfor Evans, en lo que habría de convertirse en el acta de bautismo del Gales contemporáneo)

David Lloyd George contemplaba su propia existencia, las celebraciones y los fastos infinitos con los que le obsequió su adorada Francia con satisfacción, pero con distancia. Su escenario, como buen liberal clásico, era el doméstico. Aunque, como todos los grandes primeros ministros liberales de la Era victoriana, a él también le había correspondido ocuparse de los asuntos internacionales, con certeza, más de lo que hubiera deseado. Pronto habría de constatar que una guerra ganada podía convertirse en muchas paces perdidas.

²² LLOYD GEORGE, D.: *Memoirs of War...*, Vol. II, p. 1950.

²³ VISCOUNT CECIL: *A Great Experiment. An Autobiography by Viscount Cecil (Lord Robert Cecil)* London-Toronto. 1941, pp. 48 y ss. Cfr. BENDINER, E.: *A Time for Angels. The Tragicomic History of the League of Nations*. New York. 1975, pp. 73 y ss.

Lloyd George se lamentaba en sus últimos años de que no tenía "ningún contemporáneo" y, a continuación, rectificaba: "Winston es mi único contemporáneo". La frase que encabeza este epígrafe, la misma que pronunció cuando su viejo amigo y rival por la grandeza se convirtió en primer ministro, denota su profundo sentido de la historia, su vocación de liderazgo, y todo el magnetismo, la seguridad y la capacidad de seducción que acertó a desplegar durante toda su vida²⁴. Cabe añadir que esa misma convicción se la transmitía a todos sus interlocutores. La certeza de que todo ser humano tiene un destino.

Y, en el caso del jurista del Gwynedd, las frases no se pronunciaban en vano. Su predecesor como primer ministro, Herbert Henry Asquith, se había negado siempre a reconocer el sufragio a las mujeres. Lo había hecho, además, pronunciando vergonzosas afirmaciones para la historia. Y fue su sucesor como líder liberal y primer ministro quien, sin aguardar a que finalizara la Gran Guerra, en el segundo año de su primer mandato como primer ministro, impulsó el reconocimiento del voto femenino, aunque todavía no fuera universal, el 6 de febrero de 1918.

El destino de David Lloyd George era iniciar un vastísimo programa de transformación política e institucional de un Reino Unido capaz de abrir su democracia a los contingentes sociales discriminados por la Era victoriana. En el ámbito exterior sucumbió a la retórica imperial y fue incapaz de analizar con realismo la problemática que se le suscitaba a una Europa material y moralmente devastada en 1918, y liderar una solución generosa e inteligente que pudiera preservar la democracia y la paz. Pero, cuando falleció el 26 de marzo de 1945, su viejo amigo y rival, Winston Churchill, pudo en justicia pronunciar la sentencia que, como definición, ha de acompañarle siempre: "en su mejor expresión, fue el mejor".

²⁴ LLOYD GEORGE, R.: *David & Winston. How a Friendship Changed History*. London. 2006, pp. 239-240.